

Mañana... an'e a luz de aquella aurora
 Que el cielo de los libres hermosea,
 Cada alma que hoy en vuestra tumba llora,
 Será otro nuevo apóstol de la Idea,
 Y vosotros seáis siempre el escudo
 Para los que desmayen abatidos,
 Astros de libertad siempre encendidos
 Yo os bendigo, os respeto y os saludo.

1869.

EN CHAPULTEPEC

A LOS ALUMNOS DEL COLEGIO MILITAR

Torno á venir de nuevo entre vosotros,
 A levantar mi voz y á saludaros
 En medio de estos viejos ahuehuetes
 Que al aire entregan su cabello cano.

En este bosque que eligió por trono
 La majestad del tiempo, y de altar sacro
 Guarda el castillo cuyos fuertes muros
 Están de heroica sangre salpicados;

Aquí, donde palpitan los recuerdos
 De aztecas reyes y de heroicos años,
 Torno de nuevo á veros, y mi lira
 Vuelve á vibrar de amor y de entusiasmo.

¡Hijos del porvenir! La Patria os pone
 Con maternal amor el arma al brazo,
 Para que siempre defendáis sus fueros
 Sin provocar ni herir á los hermanos!

Más que el arma homicida, guarda el libro
De la victoria el talismán sagrado,
Que no hay arma que alcance cual la ciencia
A la región ignota de los astros,
Y allí siga su marcha, los explore
Y les mida en sus órbitas el paso.

Ninguno alcanzará triunfo más grande
Que el del guerrero valeroso y sabio,
Que el talento es el arma de este siglo
Para alcanzar inmarcesibles lauros.

La fuerza debe de escudar al débil,
Siempre defiende el hijo al padre amado,
Y el cielo es que mecióse nuestra cuna
Velar se debe con el arma al brazo.

Por ley eterna, en afrentosa lucha
Vivirán y han vivido los humanos,
Y hay que esperar en el violento ataque
Salvar de todo intento el suelo patrio.

El libro es astro, pero el arma es fuego;
Mientras el uno nos alumbró el campo,
El arma en semidiós convierte al hombre
Que puede activo fulminar el rayo.

Si tan sólo á gozar se entrega Atenas
La vencerá en su empuje el español;
Y si sólo á gozar se entrega Roma,
Atila la hollará con su caballo.

Jamás es tiempo de rendirse al sueño;
Que siempre el enemigo está velando,
Y, cual nueva Judith, llega á la tienda
Cuando ninguno le detiene el paso.

Hoy la patria está en paz, su limpio nombre
Respetan y consagran los extraños;

Pero en el viaje por el mar del mundo,
En este mar tan hondo y tan amargo,

Hay que fijarse hasta en la blanca nube,
No engendre tempesad y brote rayes;
Y hay que velar el suelo en que nacimos
Con fe en el alma y con el arma al brazo.

¡Hijos del porvenir! ya en otros tiempos
Brillaron en valor vuestros hermanos:
Guarda sus nombres con amor la historia
Y la fama les da brillantes lauros.

En este mismo bosque, ellos supieron
Combatir sin temor y sin descanso;
Suárez, Melgar, Barrera, Montes de Oca,
Escutia, Márquez... Ellos demostraron

Que en las horas de lucha, en los instantes
De combatir sin tregua á los extraños,
"Muere el Colegio", pero no se rinde,
Que así la muerte es triunfo sacrosanto.

Seguid tan noble y tan hermoso ejemplo,
Los que gozosos recogéis ufanos
El premio que alcanzáis'es en la lucha
S rena del estudio y del trabajo.

Arde como en un templo en vue tras almas
La fe que alientan los primeros años,
Y en esa hermosa edad todo se mira
Como un amacer ratiante y claro.

El tiempo correrá, vendrá la tarde,
Con ella la tristeza y el cansancio,

Y los arbustos, hoy de verdes hojas,
Serán cual estos árboles sagrados,
Vigorosos y erguidos, manteniendo
Fresca la savia y el cabello cano.

*
**

Recordaréis entonces con ternura
La majestad solemne de estos actos,
La diana que os despertaría cuando el sueño
Es el más dulce sobre el lecho blando;

Las largas horas que en helada noche
Sufriendo el cierzo y con el arma al brazo,
Pasáis de centinelas y os parece
Que dura un siglo inmenso cada cuarto.

Recordaréis las cátedras severas
Tan animadas al nacer el año,
Las ansias del exámen, la victoria
Del más inteligente y del más apto.

Recordaréis al predilecto amigo
Que os quiso en el colegio como hermano,
Y que más tarde le abatió la suerte,
O murió en la campaña á vuestro lado.

Y si tenéis hogar y tenéis hijos,
Ellos escucharán de vuestros labios,
Las dulces aventuras de esta vida
En que soís estudiantes y soldados.

Les pintaréis la augusta ceremonia
En que llenos de gozo y de entusiasmo,
Mirabáis al que rige con acierto
El destino inmortal del suelo patrio,
Grande en la guerra y en la paz más grande,
Daros un premio con sus propias manos.

Y si entonces tornáis al viejo bosque,
Y miráis estos árboles sagrados
Y las blancas paredes del castillo
Que e tía de heroica sangre salpicado,

Sentiréis que humedece vuestros ojos
El más dulce y hermoso de los llantos,
Y que renace en vuestros nobles pechos
La viva fe de los primeros años;

Y sentiréis á so'as, satisfechos
Hondo amor á los tiempos ya pasados,
Orgullo de haber sido del Colegio
Y orgullo de l'amaros mexicanos!

Diciembre, 1º de 1889.

5 DE MAYO

Amor de patria, amor, santo, infinito,
 Que en cada corazón pones tu llama,
 P. esta á mi voz el hálito bendito
 Que mi alma enardecida te reclama.
 Dame la resonancia del torrente
 Para cantar las glorias de este suelo;
 De esta virgen feliz é independiente,
 Que pueda limpia levantar la frente
 Y altiva y libre contemplar el cielo.
 Ella nació como luciente perla
 Entre las claras ondas escondida,
 Ella nació durmiendo entre palmares
 Con su diadema tropical erñida,
 Sintiendo dulce resbalar la vida
 Al voluptuoso arrullo de los mares.
 Tierra de amor tendiendo encantadora
 Su rica alfombra de esmeralda y grana,
 Que el sol de Mayo fertiliza y dora....
 Joya que dejó Dios deslumbrada
 Prendida en la diadema americana.
 ¡Cómo no amarla si nació tan pura!
 ¡Cómo no amarla si nació tan bella
 Y lloró tantos años de amargura!....
 La esclava ayer, hoy libre y con ventura,

Quién es?... mi patria... contempladla... es ella!
 Mirala, pueblo... ¿sientes?... ¿te emocionas?
 Ya libre del palacio á la cabaña,
 Tiene á sus pies quebradas dos coronas
 Y el pabellón de una nación extraña....
 ¿Os acordáis?... La Francia, la severa
 Emperatriz del mundo que ha llevado
 Hasta el polo los carros de su gloria,
 Arrancando el laurel de la victoria
 Doquier su pabellón ha tremolado....
 La que potó sus águilas altivas
 Sobre Sebastopol, Palestro y Jena,
 Sin verlas nunca ante la lucha esquivas....
 La que supo arrancar águilas vivas
 Del águila ya muerta en Santa Elena.
 Esa nación que eleva y que durrumba
 Con su continuo batallar profundo,
 Repúblicas é imperio con sus leyes;
 Que con Dantón abofetea á los reyes,
 Con Bonaparte tiraniza al mundo,
 Con Voltaire amedrenta al fanatismo,
 Con Chateaubriand sus creencias consolida,
 Que en medio de la muerte halla la vida,
 Que unas veces es luz y otras abismos;
 Esa nación que cae agonizante,
 Y con hurras sofoca su agonía,
 Y quedándose atrás grita: "adelante"...
 Esa nación, entonces, amenazante,
 Te provocó á la lucha, patria mía,
 Guerra te dijo y te retó insultante
 Con el orgullo que su raza encierra,
 Eras pequeña tú y ella gigante;
 Guerra te dijo, y recogiste el guante
 Y enfurecida respondiste: "guerra."
 Y la lucha empezó... pero ¡ay! tú estabas
 Débil por las revueltas de otros días
 De luchas fratricidas; tú llevabas,

Aunque de amor y de entusiasmo ciegos
 Y á sostener tu ley acostumbrados,
 Frente á aquellos magníficos soldados
 Tus tropas de artesanos y labriegos.
 El bronce despertó con voz rugiente
 Todas tus iras, te robó la calma;
 Y el que débil te vió, te halló valiente,
 Con muchas cicatrices en la frente
 Y muchas cicatrices en el a'ma.
 Monstruo de hierro que amenaza inerte
 A quien su paso corta, en voz tronante
 ¿Qué das á Francia? dijo, y al instante
 Con tus cañones respondiste: *muerte*.
 Y la muerte voló desde esas bocas
 Donde la ciencia sorprendió un secreto.
 ¡Con qué desden burlando tu destino
 Miraba al triunfador de Solferino
 El indio centinela del Loreto!
 La lucha comenzónubes oscuras
 Aquí y allí levantan los cañones,
 Indignados los cielos ahogar quieren
 A aquellos poderosos batallones,
 Y desploman sobre ellos á torrentes
 La lluvia que envolvió sus maldiciones.
 Destácanse á lo lejos orgullosos
 Los que la fama declaró titanes,
 Zuavos de Argel, que trepan valerosos
 Por la erizada roca,
 Llevando en la pupila
 Esa conformidad grave y tranquila
 Que timidez ó admiración provoca.
 Y suben ya se mezclan, se confunden,
 Allí se encuentra la nación primera,
 Las balas se difunden,
 Los hurras se levantan,
 Y allí soldados sin aliento gimen
 Y aquí soldados valerosos cantan.

Ya casi á tocar llegan la trinchera
 Que guarda nuestro ejército; no advierte
 El invasor, que allí, venganza, muerte,
 Dishonra vil y humillación le espera,
 Pero llegar ¡ay! ¡oo! que aún quedan pechos
 Que altivos, patria, su valor ostenten
 "Atrás" clamó á una voz la siempre firme
 Voz del soldado humilde mexicano,
 Y como al sop'o de huracán terrible,
 Retrocedió vencido el invencible
 Sostenedor de Napoleón tirano.
 Veí como ruedan de las altas peñas
 O como al peso de la muerte inclinan
 Aquellas fren es que tiñó el espanto
 Y ellos siguen aún . . . ¡ay! ¿no adivinan
 Que entre esos indios que se humillan tanto
 Que en esos rostros por el sol tostados
 Y en esos pechos ante el sol desnudos
 Están todos los odios de atado?
 En México los pechos son escudos
 Únicos que acostumbran los soldados.
 Potente esfuerzo que arrancó el ultraje,
 Ira de la pantera que ve herida
 La pro e que ocultaba en el bosque;
 Odio terrible que estalló violento
 Como una tempestad contra la suerte,
 Y con la rapidez del pensamiento
 Sembró en las hueste; invasoras muerte.
 Todo lo que hay de grande y de espantoso
 Que al hombre desvanece é intimida,
 Todo eso cuyo velo tenebroso
 Cubre el afán de arrebatir la vida
 Sop'aba sobre aquellos luchadores,
 Como tronante, herviente e tarata
 De ruegos y sollozos y clamores.
 Dignidad ultrajada ante la Historia!
 Todo eso cuyos hórridos rumores

P. edican muerte donde siembran gloria . . .
 Y el triunfo faé . . . porque jamás natura
 Le negó la venganza al ultrajado,
 Zaragoza hizo eterna su figura
 Y el honor nacional quedó vengado.
 ¡Zaragoza! el valiente, el aguerrido,
 El grande, el inmortal, el denodado
 Que aquellas santas tropas acompaña,
 Miró á los defensores de cien reyes
 Sin aliento rodar por la montaña,
 Tirar las armas, traspasar el llano,
 Y perderse por fin con la distancia.
 Desde entonces el pueblo mexicano
 Con frente altiva contempló á la Francia.
 ¡Puebla! tú has visto al pabellón que el Sena
 Retrata en sus cristales, al que flota
 Sobre París con magnas ovaciones,
 Flamear ruborizado sus giroses
 En medio del terror de la derrota.
 Y tú, sol de victoria, que ese día
 Gloria nos diste con tu luz ardiente,
 Con los rayos que viertes en mi frente
 Manda más glorias á a patria m'a . . .
 Ella hoy tiende su manto de azucenas
 Que la paz embalsama y engrandece
 Se levanta ante el mundo y aparece
 Gigante y poderosa ante la historia . . .
 Desde la espiga que en el campo crece
 Has'a el condor que en el azul se mece
 Se bañan en la luz de la victoria
 M'ndele siempre ¡oh sol! triunfos, grandeza,
 Sin que jamás hermanos contra hermanos
 Empañen con su sangre su pureza,
 Y hallando en el trabajo su riqueza
 No consienta invasoras ni tiranos.

AL GRAL. CARLOS FUERO.

LEIDA EN EL CEMENTERIO FRANCES.

En el albor de mi revuelta vida,
 Allá en el despuntar de una mañana
 Que doró sus celajes con los rayos
 Del sol de mis primeras esperanzas;
 Cuando sólo ví flores en la tierra
 Y pájaros canoros en las ramas
 Y era la sangre en las henchidas venas
 Un torrente viril de hierro y lava:
 Entonces entre el himno de Victoria,
 Sobre el ya roto cetro de un monarca;
 Heraldo de va'or, sereno y fuerte,
 Conocí á este soldado de la patria.
 Fuerte cual los antiguos gladiadores,
 Erguido como el roble en la montaña,
 Con grandes ojos negros y brillantes
 A que daba expresión la luz del alma;
 Sutiles líneas perfilando el rostro
 Lleno de austera gravedad romana
 Y coronado en la severa frente
 Por negra cabellera ensortijada;
 Así lo ví, su mano generosa
 Estrechó con lealtad mi mano frances:

¡Ay! yo empezaba á manejar la pluma
 Y él acababa de soltar la espada.
 El era un adalid . . . era un Byardo
 Sin dobléz, sin temores y sin tacha;
 Tan sereno al hab'ar con un amigo
 Como al cruzar el campo de batalla.
 Desde niño, su hogar fué el campamento;
 Su compañera inseparable el arma;
 Su lecho el peñón tosco ó la llanura,
 Su camaría la tienda de campaña
 Y su mejor saludo á la Victoria
 El retumbar sonoro de las salvas.
 Profesó un culto humano y le dió toda
 Su intensa adoración nunca turbada;
 ¡Amó como á su Dios á la que tuvo
 La gloria de llevarlo en sus entrañas!
 Despues de esa mujer que fué á su numen
 A una novia inmortal idolatraba:
 La que le dió su manto en todo tiempo
 Como prueba de amor: la hermosa Patria!

.....
 Cuando cayó en Querétaro vencido
 El infeliz y soñador monarca,
 A quien deshizo el pueblo la corona
 Llevándolo á morir en las Campanas;
 Este soldado custodió á Castillo
 Que condenado á muerte, pidió gracia
 De ver á un sacerdote y á un letrado
 Para arreglar sus últimas demandas.
 "Yo no los llamaré"—le dijo Fuero—
 "Tenéis para buscarlos puerta franca;
 "Sóis todo pundonor y aquí os espero
 Que os van á ejecutar por la mañana."
 Salió el anciano jefe, con asombro
 De todos los que allí le custodiaban;
 No vuelve pensó alguno—y Fuero dijo:
 "Un bravo así, no falta á su palabra,"

Y todos lo sabéis, trنó á su celda
 El jefe honrado de la opuesta causa,
 Y aún no ha podido decidir la Historia
 Quién de los dos más alto se levanta,
 Pero hechos como el hecho que recuerdo
 El mundo admira y los envidia Esparta!
 Y aquí yace el soldado valeroso
 Sin expresión ni luz en la mirada;
 Viene á dormir el sueño que no turba
 El vano ruido de la grey humana.
 Duerme, noble guerrero, en tu sepulcro
 Florece el lauro que la Historia guarda
 A los que como tú, todo lo dieron
 Al deber, á su pueblo y á su patria!
 Duerde; fuiste un soldado victorioso,
 Y á ti no se te llora, se te casta;
 Entra al mundo en que viven muchos héroes;
 De pie te esperan don te nada acaba
 Y al mirarte llegar, llenos de gozo
 Todos te van á presentar las armas.

13 de Enero de 1892.

EN LOS FUNERALES
DEL
GRAL. JESUS GONZALEZ ORTEGA

I

No vengo débil á regar con llanto
Los restos del soldado cayo acero
Al defender la patria brilló tanto.
En acero viril, grave y austero,
Premio debido al heroísmo santo,
Vengo á cantar las glorias del guerrero:
Al que tuvo por ley, por sola norma
El lábaro inmortal de la Reforma.

II

Ese enlutado féretro que encierra
Del bravo luchador el cuerpo inerte,
Que con su muda pompa nos aterra
Y que conturba el ánimo más fuerte,
Tan solo el cuerpo entregará á la tierra
Que ha de trocarse en polvo por la muerte
Pero eternos serán en nuestra historia
Su fé, su nombre, su va'or, su gloria.

III

Como surge el león, fiero, animoso,
Del fondo de los bosques seculares,

Tú surgiste caudillo valeroso
Del seno de las masas populares:
Y bajo el sol de libertad hermoso,
Al sonar de los himnos militares,
Llevaste con honor esa bandera
Que de Sonora á Yucatán impera.

IV

¿Qué corazón habrá que no se asombra
De la epopeya liberal que habías
Enaltecido tanto con tu nombre?
¡Oh muerte! ¡y cambias en cenizas frías
El venerado cuerpo de aquel hombre,
Emblema de la fe de aquellos días!
¿Qué viento helado extinguirá esa llama
Eterna en los espacios de la Fama?

Quien vuelva sus miradas al pasado
Y te contemple apuesto y agorriado,
Con lauros de victoria coronado
Y en los brazos del pueblo conducido;
No creerá que más tarde, abanlonado
Con negra ingratitud en hondo olvido,
Te hallaste, como en lóbrego desierto,
Vivo en la historia y en tu Patria muerto.

VI

Aun puede recordar el pensamiento
Que con su vuelo audaz todo lo alcanza;
Aquel'as horas de luchar violento,
De rencor, de bravura y de matanza.
Eas de tus soldados el aliento,
De redención del pueblo la esperanza,

Y orgullosos pa:aban tus corceles
Entre vivas, y aplausos y laureles

VII

El lazo rojo en el erguido cuello
Símbolo de su causa redentora,
En tus ojos la fe como destello
Y en tu diestra la espada vencedora;
Bajo este patrio sol, ardiente y bello,
A México llegaste y la sonora
Voz del pueblo en tu torno repetía:
¡Héroe de Calpulalpam, Dios te guía!

VIII

De angusta libertad el sol divino,
Bañó en luz el pendón de tus legiones;
Bajo palmas de triunfo en tu camino
Latieron los patrios corazones:
Y cuando en Puebla te venció el Destino,
No de Francia los fieros batallones:
Presentaste, asombrando al extranjero,
Rotas las armas y el Honor en ero.

IX

Tú fuiste de los libres la muralla
En horas de dolor y luto llena;
Tú, que joven los campos de batalla
Regaste con la sangre de tus venas.
¡Y después...? ¡ay! de sentimiento estalla
El corazón, al comprender tus penas,
¡Oh amarga y torpe ingratitud del hombre!
¡Nadie en el triunfo pronunció tu nombre!

X

Allá... muy lejos... pueblo hospitalario
De patriotismo y de virtudes foco,

Te acogió como á nuevo Belisario,
¡Ay! y aquí, tu valer teniendo en poco,
Olvidaron al héroe solitario
Y la ca'umania te llamaba loco.
¡Cuán profundo dolor habrás sufrido
Loco de decepción, loco de olvido!

XI

No, no fué de la patria el golpe rudo
Que te dejó en las sombras sepultado,
La patria es madre, y cuando hablar e pudo
Te dijo: "Vuelve á mí, noble soldado,
Despierta gladiador, ven con tu escudo
Que ninguno venció ni está manchado."
Y al oír de su voz el eco cierto
De gratitud y de emoción has muerto.

XII

Miradle allí... la Patria entristecida
Llora en la cripta que su cuerpo encierra,
Tiene su frente de laurel ceñida
Y si ya no veremos en la tierra,
En sus ojos el fuego de la vida,
Ni en sus manos el rayo de la guerra:
Su nombre alumbra con eterno rayo
El sol de Zaragoza, el sol de Mayo.

XIII

Héroe de cansa en paz, los que podemos
Juzgarte sin envidia ni rencores,
Siempre cual hoy, tu gloria cantaremos;
Y siendo de tu ejemplo imitadores
Con honra y con valor defenderemos
La fe de tus principios redentores,
¡Siempre, jóvenes hoy, mañana ancianos,
Sostendrán tus banderas; nuestras manes.

XIV

Duerme el eterno sueño, has merecido
 Bien de la Patria por tus grandes hechos;
 Al borde de tu fosa hemos venido
 Jurando defender nuestros derechos;
 Tus glorias nunca empañará el olvido,
 Y siempre habrán de verte nuestros pechos:
 ¡Vivo en la historia, en el sepulcro inerme!
 ¡Héroe de Calpulalpan, duerme.... duerme....!

México, Abril 1º de 1881.

EN MEMORIA DEL GENERAL CARLOS PACHECO

Oh vidal ¡combate humano!
 Tus adalides ¿qué son?
 Deleznable encarnación
 De polvo frágil y vano.
 ¿Quién profundiza el arcano
 Do tus desticos están?
 La fe, la gloria, el afán
 Que con la esperanza juegan,
 Da un obscuro abismo llegan
 Y á un obscuro abismo van.

Revuelto y profundo río
 Donde el viento desbarata
 Los aljófares de plata
 Que le regala el Estío;
 Légame inmenso y sombrío,
 ¿Qué fueras sin la memoria,
 Sin la verdad, sin la gloria
 Que con el olvido en guerra,
 A los muertos de la tierra
 Los resucita en la Historia?

Ya el talento, ya el trabajo,
 Inmortal recuerdo deja;
 No se llama á la abeja

Y vil al escarabajo.
 Del gñán que hienda el tajo
 Al sabio que absó:to les,
 No hay labor que útil no sea
 Y que el hombre no bendiga:
 El gñán busca la espiga
 Y el sabio busca la idea.

No todo muere ni pasa,
 Que no todo es polvo leve;
 Si el sepulcro torna nieve
 El fuego que nos abrasa;
 Si todo la muerte arrasa
 Y lo lleva al ataúd....

¿Quién por el terrible alud
 Rodar ha visto el Honor,
 El Genio, la Fe, el Valor,
 La Bondad y la Virtud?

Sin los nobles ideales
 De un dulce romanticismo,
 ¿Qué hicieran frente al abismo
 De la muerte, los mortales?
 ¿Todos seremos iguales
 Al morir? ¿Vana impostura!
 Aun en tosca sepul'ura
 Quien vale al olvido humilla,
 Que más el cocuyo brilla
 Si la noche es más oscura!

Estudiad á los cautivos
 Del mundo, sabios expertos,
 Y encontraréis vivos muertos,
 Y muertos que siguen vivos.
 Los robles del monte, altivos
 Desdeñan la tempestad,
 Con la misma magestad
 Que á un ser superior conviene;

Y así como el monte, tiene
 Sus robles la humanidad.

Nacer en modesta cuna
 Y en apacible pobreza,
 Sin señue'os de nobleza
 Ni mimos de la fortuna;
 D meñar una tras una
 Amargas contrariedades,
 Y an e añejas sociedades,
 Con suerte dura y contraria,
 Ser como la procelaria,
 Hjo de las tempestades.

Ser un gladiador romano
 En los campos de batalla;
 Entregar á la metralla
 Despojos del cuerpo humano;
 Sangrando, sin pie, sin mano,
 Buscarse extraña andadera
 Y trepar á la trinchera
 Con medieval hidalguía,
 Victoriano en agóna
 Su caudillo y su bandera!

Vivir triste y mutilado
 En constante actividad,
 Con la extraña dualidad
 Del apóstol y el soldado;
 De nuevo lanzarse o'ado
 Por su causa á combatir,
 Hallar la meta, subir,
 Y firme con la fe ilesa,
 Darle cauce á toda empresa
 De gloria y de porvenir....

Ser un Bayardo en lealtad,
 Ser un Cid en el valor,

Un pródigo en el favor
 Y un estóico en la verdad.
 Ser prócer en la ciudad,
 Gladiador en la campaña,
 Cazador en la montaña,
 En todo, soplo que agita,
 Y un labrador eremita
 muriendo en una cabaña!

Tal admiré y comprendí
 La labor inteligente
 Del héroe humilde y ausente
 Que recordamos aquí.
 Jamás honrado me ví
 Con el renombre mundano
 De "su amigo" ó de su "hermano"
 Muerto, aun vi rie sus reflejos,
 Y hoy que está lejos, muy lejos,
 Busco en la soñabra su mano!

Auseate: juzgue la Historia
 Tus obras; yo sé que son
 Hijas de noble ambición
 De dar á tu patria gloria.
 A tu fosa mortuoria
 Basta un emblema viril:
 Que allí corone el buril
 Tu frente limpia y altiva
 Con la fresca simpreviva
 Que fecunda el sol de Abril.

México, Septiembre 26 de 1892.

A LOS ALUMNOS DEL COLEGIO MILITAR

EL LA DISTRIBUCION DE PREMIOS DEL 29 DE NOVIEMBRE DE 1891.

¿Por qué en toda ocasión me halláis dispuesto
 Entre vosotros á tañer el arpa
 Y canto vuestros méritos, seguro
 De que acojéis, benignos, mis pa'abras?

Porque sois á mis ojos, la más cierta
 Encarnación viril de una esperanza;
 Los predilectos hijos en que afirma
 Su fe en el porvenir, la madre Patria!

Yo os hablo desde tiempos venturosos
 En que lo mismo que soñáis, soñaba;
 Cuando aún eran capullos esas flores
 Que un aire helado marchitó en el alba.

Hay un íntimo culto en cada pecho
 Que se alimenta con esterna llama
 Y que la negra decepción no extingue
 Ni el tiempo borra ni la edad se apaga.

El culto por la tierra en que nacimos,
 Tierra que tantos héroes consagraran

Y á costa de dolores y amarguras
Por bravos adalides libertad!

¿Qué fué de su grandeza primitiva?
¿Dónde está el esplendor de sus monarcas?
¿Qué nos dice este bosque de sus glorias?
¿Qué nos cuenta ese sol de sus hazañas?

Preguntad á los viejos ahuehuetes
De verdes hojas y guedejas blancas,
Pues ellos pueden descifrar los signos
Que en toscas piedras nos legó su raza.

Preguntad á los "cactus" espinosos
Que pueblan las llanuras solitarias
O á los azules lagos que en un tiempo
Ondularon besando sus piraguas.

Cayó el guerrero intrépido que vive
Cual semi-dios en la broncea estatua
Y que aún parece irrada su semblante
La luz de gloria del antiguo Anáhuac.

El espíritu heroico de ese atleta
Quedó errando en su tierra infortunada
Y aconsejó en la sombra á los primeros
Que desafiaron el poder de España.

Cruzó á la par que satisfecho triste,
Sobre el cadalso angusto de Chihuahua
Y se cernió cual águila orgulloso
Viendo á Morelos combatir en Cuautla.

Acompañó hasta lo último á los bravos
Que no tuvieron en la lucha santa
Más recompensa que ominosa muerte
Ni más afán que libertar la patria.

La columna de fuego que á los hijos
Amados de Israel á Sión guiara
No fué más que el espíritu gigante,
Del indio rey que enaltecíó su raza.

Por los aires vagando infundió aliento
Al caudillo del Sur en las montañas,
Y recogió los últimos suspiros
Lanzados en los campos de batalla.

Dió un ósculo en la frente á los guerreros
Cuando la gloria coronó su causa
Y á su tierra natal volvió posado
En la nueva bandera de la patria.

Surgió otra vez cuando invasor odioso
El bosque azteca con sus pies hollara
Y estuvo al lado de los héroes—niños
Que aquí murieron asombrando á España.

Fué ese espíritu el noble compañero
De un hijo de su génio y de su raza,
Que en el desierto se mantuvo errante
Dando á la ley su corazón por arca.

Y ese espíritu aún vaga en estos sitios,
Cruza en la soledad por estas ramas
Y os mira con amor cuando la aurora
Enhebra perlas y diamantes cuaja.

Baja al bosque en los rayos de la luna
Que argenta las paredes de este alcázar,
De magestad reviste á los volcanes
Que se yerguen cual mudos atalayas
Y os habla con la voz de los zenzontles:
¡Alados bardos que escuchó el Anáhuad!

Qué puedo yo deciros cuando él sabe
Comprender como nadie vuestras ansias,

Coronar con sus mantos vuestros sueños
 Vestir de luz las dulces esperanzas
 Y besar con orgullo vuestras frentes
 Cuando en el brazo sustentáis el arma.

¿No sentis que se cierne jubiloso
 En esta fiesta noble y consagrada?
 ¿No sabéis que él aplaude la victoria
 Que logran el talento y la constancia?

Imitad su entereza y su bravura,
 Como él abrid para lo grande el alma
 Y seréis en la tierra y en la historia
 Orgullo y regocijo de la patria.

29 de Noviembre de 1891.

A Vicente Riva Palacio.

DESPUES DE SU PRISION; EN DIAS PRÓSPEROS.

Donec eris feliz....

Si adversa suerte con el genio impía
 Quieres empañar tu nombre esclarecido
 Y tornas á tus libros y á tu olvido
 En celda estrecha de prisión sombría,

Volverá entonces la palabra mía
 A hablarte de esperanzas al oído
 Y tornaré á venir como he venido
 A compartir tus penas cada día.

Las golondrinas cantan á la aurora
 Tú lo has dicho ¿recuerdas? si anochece
 Tiembla y huye la turba adulatora.

Hoy que á cantarte van porque amanece
 Dale un recuerdo al que padece y llora
 Con el preso que llora y que padece!

1885.